

Marisa Prendes se prepara al salir del autobús como si entrase a escena, no a interpretar una ficción sino a vivir la parte más importante de su existencia diaria de cuatro a diez. Al aproximarse a la parada, siempre los mismos gestos: se alisa la falda, mueve los hombros para acomodar mejor la ropa a su cuerpo, ordena sus cabellos con hábiles toques de los dedos y, finalmente, unos movimientos de cabeza para que adquiriera una posición natural y desenvuelta.

Comienza a caminar cuando ha oído tras de sí el chasquido de las puertas al cerrarse. Conforme avanza, confirma la persistencia del mundo al que se incorpora y que aparta la sombra de temor de que no sea cierto. Se detiene ante los escaparates de las tiendas de ropa, de las peleterías, de las joyerías... Saluda con gestos de la mano a los conocidos a fuerza de tiempo y rutina. Una parada más lenta en la tienda de tabacos, cafés y licores de los hermanos Álvarez, desde cuyo interior don Esteban, don Damián e Ignacio, el dependiente, la saludan con una sonrisa y un movimiento de cabeza que tiene algo de complicidad, como si estuviesen al tanto de su secreto.

Al llegar al consultorio, cierra la puerta, a su espalda, hasta escuchar a conciencia el golpe seco del pestillo en su hueco, sonido definitivo que le confirma la posesión de un mundo diferente. Y siempre surge la duda: ¿Es ella quien lo posee? ¿Es rodeada, absorbida y poseída por él al que se entrega sin ánimo de pensar, solamente sentir, dejando que la vida fluya?

Actúa lentamente, viviendo el momento con la regularidad de un rito: ahora corresponde acariciar con el dorso de la mano la espiga amarilla y cérea de la afelandra y agradecer su extraña belleza; ordenar los tallos colgantes de los photos; recoger la cortina para que la luz del atardecer vierta sobre la begonia.

Se retoca la cara y el peinado ante el espejo del baño. Se distancia de él y comprueba su figura por partes, de frente y en diferentes escorzos, y reconoce satisfecha que está muy bien para su edad.

Ordena las historias de los pacientes cuyo murmullo ya se escucha en la sala de espera. Las carpetas blancas son la frontera que separa a esas personas, meras comparsas necesarias, de su particular mundo hermético que no desea compartir. Comprueba la mesa de Manuel (antes, doctor Ojeda), que todo esté en el orden que ella desea, quizá alguna ligera corrección ignorando la presencia del portarretratos.

Una vez en su mesa de trabajo, cambia su reloj de acero por el que extrae del cajón cerrado con llave, una joya de oro (de Raimond Weil, lo tiene muy presente), regalo del doctor Ojeda (o sea, de Manuel) al final del primer año de trabajo,

cuando decidió quedarse en su consulta. Aloja en su dedo la sortija de oro blanco con un brillante (diseño de Brad Pitt y Damiani), regalo del segundo año, y se dispone a esperar su llegada, a cumplir su jornada de cuatro a diez.

El piso, adquirido a la viuda de un cónsul de Venezuela oriundo de Ayacucho - “Tenía el noble porte andino de los altivos tachiranos”, decía la señora con orgullo soledad -contenía, entre otros muebles, alfombras, espejos y cornucopias de gran calidad, dos despachos Luis XVI y doce cuadros de Camille Pissarro, copias de encargo de excelente ejecución, que respondían a la especial predilección “del señor cónsul”- como lo citaba la viuda- por el artista, antillano de nacimiento y de madre criolla, que pasó tres años de su juventud en Venezuela “donde estaban sus orígenes como pintor y su caliente sangre”, según decía el cónsul “y no había quien le discutiese”.

Frente a la mesa de Marisa quedó el “Boulevard Montparnase”. Le basta levantar la mirada para perder su vista en la convergente perspectiva de los desnudos castos bajo el cielo otoñal y el ajetreo de gente y carruajes.

La peculiar relación de Marisa con este mundo comenzó una tarde de octubre de 2.001 -lo recordaba perfectamente: día seis, jueves, a las cuatro y diez -. A la llegada del doctor, éste la llamó a su despacho y, sentados frente a frente, le dijo sin preámbulos “Hay una plaza vacante en el Departamento de Neurología del Hospital Universitario. Si usted quiere, el puesto es suyo. Con sus cualidades, Marisa, allí tiene posibilidades de ascender rápidamente, el trabajo es más variado y creativo. Aquí ya sabe: la rutina de citas, más citas, archivos, electros y poco más. Tómese unos días y ya me contestará, pero déme tiempo para sustituirla”.

La proposición la cogió de sorpresa. Se oyó a sí misma contestar: gracias, doctor, lo pensaré”.

Al regresar a su mesa, se hallaba trastornada; se sentó con la cabeza entre las manos, los codos apoyados en el tablero, cerrados los ojos y la mente sumida en un desconcierto. Había sido tal la sorpresa... ¿De modo que el doctor Ojeda podía prescindir de ella así como así, sin más tranquilamente? ¿Ni siquiera una señal previa para de lo que se avecinaba, algo que la alertase? ¿Tenía que haber sido así, como un escopetazo?. “Déme tiempo para sustituirla”...”Déme tiempo para sustituirla”...la resonancia de las cuatro palabras persistía como un eco en su mente. La idea era especialmente hiriente: sus-ti-tu-ir-la. La vida, asumida en el confortable ambiente, los hábitos, ya tan naturales, que había adquirido, la satisfacción de estar

rodeada de muebles selectos...¿Todo podía trastocarse de forma tan repentina?. Con el paso de las horas se acentuó el reconocimiento: su trabajo le producía un estado de ánimo sosegado y placentero que había disfrutado sin percibirlo, sin sentir transcurrir el tiempo, sin pensar. Gozaba de una sencilla felicidad a la que se había acostumbrado inconscientemente.

Cena poco y con desgana, casi náuseas al final. Trató de pensar razonablemente, tomó un folio y se impuso escribir las ventajas e inconvenientes de una u otra decisión. Desistió, no pudo, era incapaz de ordenar sus ideas.

Despertó muy de madrugada de un sueño inquieto, dormido a trompicones tropezando con la misma idea: ¿por qué le afectaba tanto el posible cambio? Quedó en la cama hecha un ovillo, las piernas encogidas y la cabeza casi en las rodillas. Al cabo, y a pesar de sus esfuerzos, tuvo que admitir que durante todo aquel tiempo había pensado más en aspectos personales del doctor que en otros cualesquiera. Quería ignorarlo, pero la idea dominante era la persona del doctor, lo reconoció y se entregó a ella sin reparos: recordaba con lucidez cómo le nacía el vello del pecho desde las clavículas - entrevistas al despachar junto las tardes de verano -;sabía cómo era la curva del pelo desde la frente y las sienes hasta la nuca; conocía de memoria el gesto habitual de apoyar la sien en el puño izquierdo mientras escribía y las cinco arrugas que formaba la piel presionada; sabía de memoria la forma de sus dedos, la distribución del vello en las falanges; la forma del mentón; de la boca y de la nariz- ¿tal vez un poco larga? -; el color de sus ojos; los registros de voz...el olor corporal que conservaba su chaqueta, percibido al colgarla del perchero después de ayudarlo a ponerse la bata, como si lo conociera desde siempre.

Sintió que una víscera nueva le surgía, aquí, bajo la punta del esternón exigiendo su espacio.

Había otra Marisa - ahora lo comprendía -, larvada en su interior, que se desarrollaba de forma imparable provocada por la idea de la pérdida. Asistía expectante a su propia metamorfosis sin saber en qué iba a terminar. Era ella quien no podía prescindir de él. ¿Dónde había estado su perspicacia? ¿lo había considerado inaccesible y se había conformado con aquella situación vivida a distancia?¿Qué esperabas, fragilona, que un arcángel viniese a revelarte tus propios sentimientos? lentamente, su ánimo se tranquilizó. Comenzó a ver su situación con claridad: “Mi vida, hasta ahora, ha sido una existencia provisional”-se dijo.

Se levantó y a un lado del folio escribió: Estar cerca de él; al otro lado: Estar lejos de él, perderlo, Trazó bajo lo escrito un rasgo decisivo que impidiese cualquier añadidura. Fijó con precisión aquella fecha en su memoria: cinco y diez de la madrugada del día siete de octubre de 2.001. A partir de aquel momento le pareció que su transformación había culminado, era otra persona, su cuerpo lo habitaba otra Marisa Prendes que sería definitiva.

En la tarde de aquel mismo día comunicó al doctor Ojeda su decisión. Estaban sentados de nuevo frente a frente hacía pocas horas.

— ¿Lo ha meditado tan pronto? preguntó el doctor.

— Si. Lo he meditado perfectamente: me quedo aquí —, repuso la nueva mujer sosteniendo la mirada.

Manuel adelantó la mano por encima de la mesa, la posó con suavidad en su antebrazo desnudo y dijo:

— Gracias, Marisa, no sabe usted el peso que me quita de encima. Temí que decidiera irse, pero mi obligación era ofrecerle lo mejor para su futuro —, y la mano aumentó su presión.

A solas, trataba de revivir la sensación de aquel contacto sobre su piel con toda plenitud. Como una revancha, resonaba en su mente: “Temí que decidiera irse”... “Temí que decidiera irse”...

Pasados dos meses, el veintitrés de diciembre, la sorprendí con el obsequio del reloj. Después del forcejeo de protestas e insistencias, en su memoria quedaron grabadas las palabras finales: “Acéptelo, se lo ruego, en señal de agradecimiento por permanecer conmigo”.Y volvió a percutir en su cerebro: “Permanecer conmigo”...“Permanecer conmigo”...

A partir de entonces, la relación entre ambos se hizo menos formal. El doce de febrero siguiente, comentó el doctor Ojeda en una pausa de su trabajo: “A esta hora apetece un cafetito, algo caliente que reanime a uno”. Marisa se ofreció para traerlo de la cafetería del bajo, pero se opuso: “Usted no está aquí para eso, Marisa, no faltaba más”. Al día siguiente, entre dos consultas, lo sorprendió con un café recién hecho. “Haga usted un descanso, doctor, - y añadió-: Blue Mountain, jamaicano, el propio para este momento, en taza de porcelana delgada”.Ojeda, sorprendido, la contempló unos instantes en silencio. Marisa rehuyó la mirada manteniendo un rictus en los labios entre la seriedad y una nerviosa sonrisa. Se preguntó si no habría cometido un exceso de confianza, pero su pregunta tuvo pronta respuesta al escuchar con alivio:

— Marisa, está usted en todo y es, además, muy detallista. Pero esto no puede ser así, caramba, mañana trae usted otra taza y de ahora en adelante haremos un alto en la consulta para tomarlo juntos.

Luego se añadieron las galletas, que Marisa se cuidaba de variar regularmente, y al observar que antes de volver a su despacho él se enjuagaba la boca con buches de agua en el lavamanos, trajo dos cepillos, un tubo de pasta y dos vasos. Conforme departían durante aquel tiempo de descanso se fue creando un ambiente más íntimo: conversaban sobre cine, sus gustos por la lectura, por los espacios abiertos, el cambiante color de los montes y del mar según la luz del momento...

— Pueden llegar a adquirir un increíble tono violeta y no parecer ni tierra ni agua sino algo recién inventado, como si la naturaleza jugase a hacer magia con el color.

Marisa agradeció en su interior, no sabría decir por qué, aquella nueva prueba de sensibilidad del doctor, no era el frío hombre de ciencia que aparentaba.

— También a mi me sorprende —, apostilló conmovida.

Luego, a solas, lamentó no haber sido más expresiva.

El veinte de marzo siguiente —según el registro fiel de su memoria —, dijo el doctor:

— Marisa, me vas a permitir que nos tratemos de tú. Es ridículo que compartamos tantas horas y estemos con este ringorrango de usted y doctor. Desde ahora seremos Marisa y Manuel, tú y tú, ¿de acuerdo?

A partir de aquella fecha, Marisa comenzó a idear su hermético mundo de cuatro a diez, entre los límites de las ventanas sobre la rambla, el despacho de Manuel y el Boulevard Montmatre. Era muy dulce su mundo secreto. Comenzó teniendo veleidades que, una vez satisfechas, le producían rubor. Se iniciaron al contemplar la parte del cepillo de dientes que había estado en el interior de la boca de Manuel; siguió a esto una caricia de las cerdas con la yema de los dedos y acaba con la de los labios y la boca. Aspiraba el hálito que desprendía la chaqueta colgada del perchero y se sentía transportada a otro mundo. Tomaba con el dedo el poso de azúcar no disuelto del café de Manuel y lo paladeaba como si fuese ambrosia...Pasado el tiempo, le parecieron actitudes normales en su mundo secreto.

El tiempo se convirtió para Marisa en una sucesión de apariciones, ausencias y regresos sin pauta cronológica. Las primeras gotas de lluvia, lentas, gruesas y espaciadas, que dibujan asteriscos grises en las repisas de las ventanas, señalan la

llegada del otoño, cálido todavía. Luego viene la lluvia menuda y densa, y el viento que desnuda la arboleda y arrastra rambla abajo las hojas muertas, ha comenzado en invierno. Un buen día, se insinúa la primavera con el nimbo violeta en las copas de los jacarandás y, cuando su flor se agosta, despiertan los flamboyanes de su sueño y muestran su creación de rojo y verde que se mece con pereza, es de nuevo verano.

En el cuadro de Pissarro hay algo que la sugestión, tal vez un deseo de evasión, tal vez otro mundo que se incrusta en el suyo tan particular y lo amplía. En un principio fueron breves miradas, se diría que involuntarias, convertidas con el tiempo en una detenida observación. Una tarde, se decide y cruza el boulevard, entre los carruajes, hasta la acera de la derecha menos concurrida. “Percibo el murmullo de la gente a mi alrededor; por primera vez en mi vida oigo el golpeteo sin concierto de los cascos de los caballos sobre la calzada. El hombre del quiosco rojo me sigue con la mirada, me vuelvo y lo miro, es una cara conocida, quizás le extraña verme en este lugar como a mi me extraña verlo a él. Atardece, el cielo brumoso y gris tiene, hacia la izquierda, nubes rojizas de sol poniente. Camino hacia el fondo del boulevard, camino hacia el sur. ¿Por qué se me ha ocurrido esa orientación tan lógica como sin sentido? ¿Qué me importa la orientación en este lugar? Debo concentrarme en mi paseo, es mi primer paseo y llegaré hasta el segundo quiosco, junto al quinto castaño, esa será mi referencia para el regreso, no más allá. A mi derecha hay un café con amplias vidrieras a la calle con grandes cortinas muy labradas en complejos bordados; algunas están recogidas, y puedo ver los veladores rectangulares con cubierta de mármol sobre soportes de hierro forjado. Estoy en el pasado. En el interior del café hay profusión de plantas, mi debilidad, tal vez palmeras. ¿Palmeras en París? ¿Por qué no? Son kentias. Me agrada este lugar, volveré otro día simplemente por curiosidad, hay algo en él que me atrae. Volveré sin duda, quiero descubrir por qué esa atracción”.

Los paseos a través del cuadro se hicieron más frecuentes, cualquier pausa en el trabajo la aprovechaba para adentrarse en él. Conoció a las personas con quienes se cruzaba tantas veces; les asignó el rostro de alguien del barrio que transitaba entre la parada del autobús el consultorio, así eran personas concretas, seres reales, y no mera pintura sabiamente distribuida, que la saludan con afecto al pasar camino del Grand Café Parisien, lugar de encuentro con Manuel, descubriendo entonces la insistente atracción que sobre ella ejercía el lugar.

Su vida transcurría en dos mundos paralelos. “Una locura, un sin sentido - se decía -, pero así era la realidad”. Convirtió el mundo del cuadro en otro tan real como el

que ahora la rodeaba, tan real como la plateada plegadera que tenía en la mano, cuya punta se hincaba en el índice hasta sentir dolor. Reales dos objetos tan dispares como el quiosco rojo con los periódicos expuestos y el bargueño peruano chapado en carey y plata que existía a su derecha. Tan real y tan querido su velador en el Grand Café como odiado y real el fichero metálico, que desentonaba con el resto del mobiliario, conteniendo fichas reales de personas reales.

Manuel acude a la cita diaria vistiendo un abrigo de vicuña marengo sobre un terno más claro ("Le sienta el gris"-, piensa Marisa), chaqueta de cuatro botones y solapas cortas altas entre las que asoma la corbata de amplio nudo en una camisa blanca de cuello de puntas vueltas. Trae el sombrero en la mano (no imaginaba a Manuel con la cabeza cubierta) e Ignacio se apresura a tomárselo junto con el abrigo. Ella espera en el rincón con palmeras, en el velador de siempre. Viste blusa de cambray marfil, de cuello alto, ribeteado con encaje de Burano, falda de lana australiana de color canela y botines marrones de cabritilla con botonadura de azabaches. El pelo recogido en lo alto, como en los camafeos de ágata que tan bien conoce.

El camarero es un señor de aspecto apacible, casi paternal, (unas veces tiene el rostro de don Damián, otras el de don Esteban). Manuel toma siempre coñac Hennessy en una copa tibia; ella siempre duda por qué decidirse: ¿Quizás un calvados? ¿Père Magloire o Coquerol? ¿Tal vez un Rosso Antico? ¿Estará indicado un Cassis Crème? ¿Y un Petit Licorelle? Le encanta el juego de elección de la bebida mientras Manuel sonrío ante su indecisión. Al fin, hoy, pide un Suze a la gentiane.

Conversan, los ojos de uno en los del otro. Él le toma la mano y la besa en la palma, luego le cierra los dedos sobre el beso (a Marisa le parece un poco cursi, pero le encanta y lo repiten a diario). Manuel comenta: "Tienes la mano fría, sigues con la manía de poner la palma sobre el mármol cambiándola de sitio ¿por qué lo haces?". Marisa contesta: "Para tener la certeza de que estoy aquí". Manuel acerca su cara y la besa en la boca, primero suavemente, luego aumenta la presión tanto que le desplaza la cabeza hacia atrás.

A las diez, Marisa se despide de Manuel que estudia algún caso u ojea una revista médica. Deshace los gestos de la tarde, como si los recobrase, y de nuevo: la caricia a la afelandra, como una despedida; el orden de los photos; cambia de lugar a la begonia para que reciba la luz de la mañana...Cierra su mundo hasta el siguiente día con el "Buenas noches, doctor, hasta mañana".

Pasa por delante del escaparate de hermanos Álvarez y se detiene unos instantes. A un lado están las cajas de tabacos; en el centro los cafés y al otro lado las bebidas: los calvados, Magloire, Boulard... las botellas de gres de Schichte, Oldesloer...; los licores italianos: Galliano, Amareto di Saronno, Norino... y trata de fijar los nombres en su memoria mientras camina hacia la parada, es como un juego mientras el final se aproxima.

El interior del autobús tiene ambiente de día vencido, huele a cansancio, a tiempo marchitado: “No es este tu mundo, Marisa” -piensa. La puerta se cierra con el golpe definitivo y se siente desgajada, pero nada le impide atravesar de nuevo el Boulevard Montparnase al encuentro de Manuel. Lentamente, los recuerdos se disipan, se interponen tiempo distancia y atrás queda su mundo de cuatro a diez. Manuel cierra la revista. A oscuras, desde la ventana, sigue la figura de Marisa a través de la rambla hasta perderla de vista.

Se sienta frente al cuadro. Atraviesa el Boulevard Montparnase sorteando carruajes con el sombrero en la mano (no le agrada ir descubierto a pesar del frío del otoño). Entra en el café y se dirige al velador de siempre, el del rincón entre palmeras (“¿Kentias, tal vez?”-, se pregunta). Allá, el perfil de Marisa que espera: el cabello recogido en lo alto; el esbelto cuello que surge del borde de encaje, (como en el camafeo de ágata tantas veces contemplado); la cabeza que gira y el encuentro de sus miradas...Es el invento diario de su amor oculto.